

CATALONIA BACKGROUND INFORMATION [SERIE E / 2014 / 3.2 / ES]

Fecha: 19/06/2014
Autor: Enric Pujol*

EL EXILIO CATALÁN DEL AÑO 1939

El final de la Guerra Civil española (1936-1939) provocó, durante los últimos días de enero y primeros de febrero de 1939, un exilio masivo de partidarios del bando republicano. Fue uno de los éxodos más importantes de los producidos en la Europa de la época, solo comparable con el gran exilio de los judíos europeos. Además, tuvo una larga duración, ya que los últimos exiliados no pudieron regresar libremente hasta casi cuarenta años después, cuando se puso punto y final a la dictadura del general Franco, a finales de la década de 1970 del siglo XX.

El gran éxodo

Las cifras que tenemos, desafortunadamente, solo pueden ser orientativas. No obstante, las investigaciones más recientes parecen confirmar que fueron medio millón las personas que cruzaron la frontera francoespañola a través del territorio catalán. Por ello, no debe sorprender que más de doscientas mil fuesen catalanes y catalanas, el 40% del total. La razón que explicaría este porcentaje tan elevado es simplemente que aquel exilio fue el resultado del desmoronamiento del frente catalán.

A las tropas militares en retirada se les sumó una numerosa población civil que temía la represión que contra ellos desatarían las tropas franquistas y sus aliados, los fascistas italianos y los nazis alemanes. Junto a aquella muchedumbre fugitiva, también emprendió el camino del exilio el Gobierno autónomo catalán, la Generalitat de Cataluña, que se había constituido en 1931 y era la representación legítima de todo un pueblo. Y lo mismo hizo el Gobierno central de la República española que, al igual que el vasco, se había visto obligado a refugiarse en Barcelona. Asimismo, antes de la ofensiva final franquista, se encontraban en territorio catalán decenas de miles de refugiados procedentes de toda España que habían huido de los territorios ocupados por militares nacionalistas españoles y que se integraron en la masa que reulaba y se dirigía hacia la frontera.

Esta retirada tuvo lugar en medio de una lógica de guerra, es decir, que hubo de hacerse bajo el fuego enemigo. Los fugitivos eran ametrallados por los aviones alemanes e italianos (aliados de Franco), y las poblaciones por las que pasaban eran duramente bombardeadas. No tenemos cifras exactas de las

víctimas que se produjeron. En Figueras, que fue *de facto* la última capital republicana, murieron, a causa de los bombardeos de aquellos días, más de doscientas personas, lo que la convirtió en la Guernica catalana.

El éxodo suscitó el interés de toda la comunidad internacional, razón por la cual no solo se publicaron noticias en la prensa mundial, sino que también llegaron diversos y destacados fotógrafos, como Robert Capa o Lone Robinson, que recogieron imágenes que mostraban el dramatismo de la situación.

La diáspora

La dureza de las condiciones sufridas por los exiliados, sobre todo en la República francesa, donde miles de ellos fueron confinados en campos de internamiento, y la política de atracción de los franquistas, que afirmaban falsamente que quienes no hubiesen cometido ningún delito de sangre no tenían nada que temer, hizo que un enorme contingente de refugiados regresasen el mismo año de 1939. Algunos cálculos hablan del retorno de casi la mitad de los que habían traspasado la frontera durante los primeros meses de aquel año. Por lo tanto, se calcula que las cifras del exilio republicano se estabilizaron, en aquellos primeros años, en unas doscientas cincuenta mil personas, de las cuales entre sesenta y cien mil eran catalanas. Una cifra muy elevada incluso desde el punto de vista actual.

Francia fue el país que más refugiados acogió, especialmente en los primeros tiempos, aunque algunos lograron llegar a Gran Bretaña, Andorra y algún que otro país europeo no sometido a un régimen autoritario, como era el caso de Suiza. El estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 hizo que ni el territorio francés ni Europa en general fuesen un refugio seguro. En el caso francés, el país fue dividido y ocupado por los nazis. América fue visto como un continente de esperanza, y algunos países, como México, la República Dominicana, Chile, Argentina, Cuba, los Estados Unidos y Venezuela, acogieron refugiados. De todos ellos, México fue el que dio amparo a más gente por las afinidades del Gobierno de Lázaro Cárdenas con el régimen republicano. Esta simpatía también explica que recibiesen la consideración de refugiados políticos y que el Gobierno mexicano no reconociese la dictadura franquista. Se calcula que, entre 1939 y 1948, vivían allí 21.750 exiliados, de los cuales el 20% eran catalanes. Esta proporción de catalanes era sensiblemente más baja que la existente en cuanto a la cifra global de exiliados, que en los últimos años se ha calculado en más de un 36,5%. Asimismo, entre los territorios de acogida de refugiados también hay que hacer una mención especial a la URSS y al norte de África (Argelia, Túnez, Marruecos, etc.). Pese a que, con el inicio de la guerra, se produjo una auténtica diáspora, Francia continuó siendo el territorio de todo el mundo que más refugiados acogió. Muchas de sus zonas, como la Cataluña del Norte, Marsella, Toulouse o la región de París, aún hoy mantienen cifras significativas de personas originarias de aquel éxodo.

De forma inversa, la Cataluña sometida al franquismo también fue, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, tierra de paso para muchos fugitivos de toda Europa que escapaban del conflicto y la represión nazi. Este fue el caso de centenares de judíos del centro de Europa y Francia que, desde la zona fronteriza catalana, tenían la intención de llegar hasta Portugal y, desde allí, hasta América. Muchos de ellos fueron detenidos y encarcelados. Y algunos, como el pensador Walter Benjamin, perdieron la vida en el intento. En su caso, cuando estaba a punto de ser capturado, ya en territorio catalán, se suicidó, y aún sigue enterrado en la localidad de Portbou, donde se ha erigido un monumento en su memoria, obra de Dani Karavan.

La gran decepción

Otro de los efectos que tuvo la Segunda Guerra Mundial en el mundo de los exiliados fue la necesidad de implicarse en el conflicto. La guerra civil de 1936-1939 ya había definido claramente los bandos. El apoyo recibido por los franquistas de la Italia fascista y la Alemania nazi convirtió automáticamente a los republicanos en contrarios a las fuerzas del Eje. La inmensa mayoría dio su apoyo a los aliados. Los exiliados colaboraron con los gobiernos de los países de acogida, se incorporaron a sus tropas regulares y, en el caso francés, fueron decisivos en la organización de la resistencia armada contra la ocupación alemana. Una cantidad muy significativa de exiliados republicanos acabó en los campos de exterminio nazis. Se han contabilizado 9.000 deportados, de los cuales el 22% eran catalanes. Un testimonio sobrecogedor de aquella experiencia es la novela de Joaquim Amat-Piniella *K. L. Reich*, en la que el autor describe su experiencia personal en aquel universo concentracionario. Publicada en los años sesenta, la obra ha sido situada por la crítica en la misma línea testimonial que la de otros escritores europeos, como Primo Levi o Jorge Semprún.

Al final del conflicto mundial y en contra de los que todo el mundo pensaba, los aliados no intervinieron contra Franco y, finalmente, optaron por mantener el régimen dictatorial ante la posibilidad de un triunfo de las fuerzas izquierdistas o de opciones contrarias a la política de bloques. Lo que hasta aquel momento muchos habían percibido como un exilio temporal, se convirtió en una opción a largo plazo. Ni tan siquiera los intentos frustrados de ocupación armada del Valle de Arán por parte de los maquis (un cuerpo armado integrado por exiliados) provocaron la reacción internacional.

Sin duda alguna, el exilio se reveló como el gran lugar de refugio a lo largo de toda la dictadura. En el exilio se celebraban congresos y mítines masivos y públicos, se editaba la mayoría de las publicaciones de los diferentes grupos, se situaban las sedes centrales y se estructuraban las direcciones de los partidos y organizaciones antifranquistas. El exilio se convirtió en la gran caja de resonancia para conseguir que la denuncia de la dictadura del general Franco adquiriera una dimensión internacional. Por ello no sorprende que, según crecía la movilización interior (durante los años sesenta y setenta), se

produjesen nuevos exilios de personas que se veían obligadas a huir de la policía franquista.

Un gobierno y una cultura en el exilio

La Generalitat de Cataluña, presidida por Lluís Companys, consiguió instalarse en París en 1939 y operar, de manera encubierta (con el nombre de *Laietana Office*), a favor de los exiliados. Sin embargo, la ayuda del Gobierno catalán fue muy limitada, ya que había tenido que entregar el tesoro de la Generalitat al Gobierno central de la República española durante la retirada. En el mismo año de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, y poco tiempo después, los nazis ocuparon la República francesa. Companys se negó a huir, fue detenido por los servicios de espionaje alemanes y entregado a Franco en un procedimiento que atentaba contra todo derecho internacional, lo cual no hizo más que evidenciar la connivencia de nazis y franquistas. Una vez en Barcelona, Companys fue sometido a un consejo de guerra (sin ningún tipo de garantía jurídica) y, posteriormente, fue fusilado en el castillo de Montjuïc el 15 de octubre de 1940.

Su muerte provocó un impacto enorme y amenazó la continuidad de la institución. Josep Irla fue quien asumió la presidencia del Gobierno catalán, que mantuvo en las difícilísimas circunstancias de la guerra mundial hasta que renunció al cargo en 1954. Para tomarle el relevo se eligió a Josep Tarradellas, que aseguró la continuidad de la institución de forma unipersonal hasta su restablecimiento en 1977, durante el proceso de liquidación franquista. Fue entonces cuando el Gobierno español reconoció oficialmente a la Generalitat y la presidencia de Tarradellas. Por lo tanto, el actual Gobierno catalán es el continuador directo de aquella misma institución.

En el caso catalán, el exilio fue, al margen de su importancia política, un reducto para la conservación y el desarrollo de la lengua y la cultura propias. Era el único sitio en el que se podía publicar en catalán y con libertad, ya que nada de esto era posible en la propia Cataluña, que estaba sometida al general Franco. Hasta los años sesenta no se pudo retomar la edición en lengua catalana, aunque siempre bajo la supervisión de la censura dictatorial. Una censura ideológica y política que también fue lingüística, incluso durante las últimas décadas del régimen, ya que durante muchos años se pusieron todo tipo de trabas a las revistas en catalán y a la edición de libros infantiles y de divulgación en esta lengua.

Un exilio fructífero, pese a todo

A la hora de hacer balance sobre un largo exilio que, como tal, duró tantos años, los aspectos negativos son los que toman más relevancia. Durante los primeros años, que coincidieron con los de la guerra mundial, los exiliados sufrieron grandes penurias. Y después también, especialmente por el hecho de no poder ver su país libre de una dictadura militar implacable. Pero también es cierto que el exilio tuvo su parte positiva, pese a las circunstancias.

El propio distanciamiento forzado activó la creatividad de los artistas, que incorporaron el tema del exilio a su obra y consiguieron con éxito darle una visión que se ha convertido en todo un referente para las generaciones posteriores, como es el caso de Carles Riba (*Elegies de Bierville*), Joan Oliver-Pere Quart (*Corrandes de l'exili*), Xavier Benguerel (*Els vençuts*) o Ferran Soldevila (*Dieteris de l'exili i del retorn*).

Asimismo, fueron muchos los casos de personas que alcanzaron el éxito profesional y personal. El hecho de vivir en sociedades con una mayor libertad política y más abiertas a la nueva mentalidad que emergió después de la conflagración mundial constituyó un enriquecimiento para muchos. El solo conocimiento de culturas y sociedades, en ocasiones muy diferentes a las de origen, dio una sabiduría y una amplitud de miras que no tenía la inmensa mayoría de los que se habían quedado atrapados en la opresiva sociedad franquista. Especialmente sensibles a ello fueron los intelectuales, los artistas y la gente politizada (como lo era la gran mayoría de los exiliados). Así, por ejemplo, escritores como Pere Calders, Ferran de Pol, Agustí Bartra, Josep Carner o Avel·lí Artís Gener quedaron muy impresionados por la realidad mexicana, que se hizo presente en su producción literaria. Y lo mismo podemos decir de los que se quedaron en una Europa más desarrollada, como podría ser el caso de Mercè Rodoreda (exiliada en Ginebra) o de los artistas Antoni Clavé y Apel·les Fenosa (ambos instalados en París).

Del mismo modo, la aportación de los exiliados a los países de acogida fue muy relevante. Entre ellos se encontraba una buena parte de la élite de la preguerra: profesionales, intelectuales, médicos, profesores, artistas, etc., que hicieron aportaciones decisivas en sus campos de especialidad. Pensamos en el doctor Josep Trueta (que pudo aplicar, en la Gran Bretaña atacada por los nazis, un personal método de curación de heridas de guerra que le hizo famoso), en el arqueólogo Pere Bosch Gimpera (decisivo en la renovación de la escuela mexicana de arqueología), en el filósofo Josep Ferrater Mora (autor de un famoso *Diccionario de filosofía*) o en los geógrafos Pau y Marc Aureli Vila (padre e hijo), que hicieron contribuciones decisivas al conocimiento de la geografía de Colombia y Venezuela.

Algunas personalidades exiliadas fueron decisivas para denunciar la dictadura y dar a conocer al mundo la realidad nacional de Cataluña. Entre los nombres más destacados cabe citar al músico Pau Casals, que al recibir la medalla de la paz de la ONU en 1971 pronunció un emotivo discurso para explicar que la aspiración democrática catalana ya partía de la época medieval. También hay que recordar a Picasso, que siempre remarcaba su condición de catalán de adopción: "Soy un catalán que nació en Málaga y vive en París", afirmaba. El genial pintor plasmaba a menudo este sentimiento de catalanidad en su obra, como en el caso de sus series de dibujos de las sardanas de la paz.

No podemos dejar de mencionar a dos grandes figuras que encarnaron en el exilio la continuidad y la renovación de una lengua que aspiraba a ser de uso normal en el propio país y a ser considerada como una más en el conjunto de

las lenguas del mundo: el filólogo Pompeu Fabra, responsable de la renovación del idioma llevada a cabo a principios del siglo XX, y Joan Coromines, continuador de la obra de Fabra.

Por lo tanto, queda patente que existe un gran legado del exilio conformado por todas aquellas realizaciones hechas por los exiliados y que abarca, como hemos visto, campos muy diversos, desde el ámbito profesional y el comercial hasta el artístico y el político. Sin embargo, desafortunadamente aún es poco conocido en su propio país de origen, al igual que a nivel internacional, por mucho que determinadas personalidades exiliadas sí que tuviesen un cierto reconocimiento en sus países de acogida. Solo casos excepcionales como el de Pau Casals y Picasso consiguieron internacionalizar su condición de exiliados políticos. Pese a todo ello, es innegable que la experiencia del exilio del año 1939 vincula la historia de la Cataluña contemporánea con la del resto de Europa y el mundo en unos momentos especialmente dramáticos: los de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Además, constituye una aportación decisiva a la caracterización de la historia del siglo XX. Una centuria que, a causa de los numerosos conflictos que sufrió, estuvo marcada internacionalmente por el fenómeno del exilio. Nunca antes había llegado a tomar una dimensión tan general, hasta el punto de que se puede afirmar que el exilio puede ser considerado como una de las circunstancias definitorias de nuestra contemporaneidad.

Enric Pujol. Doctor en Historia. Profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona